

Lo que salvará a nuestra Revolución

Sin ocuparnos del aspecto primordial de la lucha armada contra el fascismo, que da la condición previa de la victoria del proletariado en su guerra actual; sin adentrarnos en los problemas internacionales que la lógica enemistad del capitalismo de todos los sistemas políticos de gobierno plantea a nuestra Revolución y sin considerar las derivaciones de una política antifascista indefinida que pueda en cualquier momento hacer el juego dentro del país a los propósitos de la burguesía imperialista de Inglaterra y Francia, vamos a referirnos aquí, en sus facetas fundamentales, a los factores y a las fuerzas que deben ser pilares firmes y seguros del proletariado en su marcha reconstructiva durante la Revolución.

El primer factor que da la tónica a la labor revolucionaria es la interpretación del momento actual, el concepto que prime en la clase trabajadora sobre las instituciones gubernamentales en lo que se refiere a sus cualidades y funciones y sobre el valor de sus propias organizaciones para llevar a la práctica las transformaciones realmente substanciales de la vida económica, política y social.

Confiar en el Estado, depositar en sus organismos plena confianza para desarrollar planes revolucionarios, confiando los problemas por la subsistencia del gobierno y por la participación en él de nuestras organizaciones — antestatales por sus principios y por su finalidad — es el gravísimo error que aún campea en el ambiente y que obstruye el proceso de verdaderas realizaciones en sentido socialista y libertario.

El Estado no ha recuperado virtudes que nunca tuvo, por el hecho de intervenir los anarquistas en sus esbozos directivos. El Estado, en lo que a su rol en las revoluciones de carácter social se refiere, no puede ser el impulsor y el defensor de las conquistas avanzadas de los trabajadores. El Estado ya creando una fuerza de contención que opona reparos, cuando no el peso de sus elementos defensivos, a la acción directa del pueblo, a quien siempre culpa de todos los errores y sobre cuya incapacidad de resistir sin la presión de una fuerza coercitiva especula, para reforzar cada día más el poder y las atribuciones del Gobierno. El Estado no puede dar los primeros pasos en materia de transformaciones que afiancen las posiciones del proletariado. Lo que puede hacer, cuando el mismo proletariado ha realizado y se propone realizar nuevas experiencias de orden revolucionario, es legalizarlas, reconocerlas, poner el visto bueno, ante la presión directa de la fuerza positiva que tiene en sus manos los medios vitales de la economía.

Resumiendo: Crear, revolucionar, construir, ampliar las conquistas económicas y sociales durante la Revolución, no son virtudes ni funciones del Estado. Han sido, son y serán las masas populares, las organizaciones del proletariado quienes determinan y proceden revolucionariamente. El Estado, cuando no posee la fuerza de una dictadura, cuando no tiene poderes absolutos, sólo puede y debe, mientras subsista, reconocer lo que de hecho ha sido realizado o está en vías de realizarse.

Se dirá que esta concepción del fenómeno revolucionario, es esencialmente anarquista. Y que en la etapa que vivimos, de colaboración, de participación en los organismos de Gobierno, de transición, no es posible hacer teoría propia, enfocando los problemas desde el ángulo doctrinal, para llegar a las clásicas conclusiones que son la razón de ser del movimiento libertario. Se dirá que al entrar nuestras organizaciones a dirigir desde arriba, legislando, decretando, suscribiendo cuantas disposiciones oficiales se inscriben en las Gacetas oficiales, de hecho compartimos la tesis de un Estado director, legislador, defensor de la Revolución. Y es esto, precisamente, lo que ha llevado al trágico error a muchos, que lleva a otros a tener felices críticas al anarquismo español, por cuanto le achacan el delito de haber condenado al anarquismo a una muerte repentina el mismo día en que un anarquista tomó posesión de un cargo gubernamental.

Se olvidó, al pretender que hacemos política partidista, que hoy una cuestión más seria, que nos impone, aclarar nuestra posición. Se olvidó que hemos explicado hasta el cansancio que no renunciamos a la nuestra anarquista. Se olvidó que sólo por razones derivadas de la guerra — que no será eterna — el anarquismo hizo abandonos momentáneos de sus ideales, para compartir responsabilidades en acontecimientos tan graves. Se olvidó, muy especialmente, que la obra revolucionaria ha surgido de abajo, aunque imperfecta, aunque parcial, aunque aislada, pero ha surgido de la directa creación del proletariado. Y se olvidó también que, paulatinamente, desde los organismos de Gobierno, se intenta frenar, limitar, desvirtuar las conquistas revolucionarias e hipotecar el futuro del proletariado a las virtudes presuntas de una coalición revolucionaria planificada y dirigida por el Estado.

Al lanzarse a la ofensiva contra la esencia proletaria de la Revolución, se nos pretende llevar a un terreno imposible, que rebasa las condiciones que impusieron el paso de la participación en el Gobierno. Se pretende que reforzemos cada día más el aparato estatal, que le dotemos de funciones más amplias, que empujemos todos los transformaciones en los moldes previamente construídos en los departamentos oficiales. Se pretende que la solución a todo, es la concentración de supremos poderes y de inapelables determinaciones en el Gobierno, diciéndonos que no puede haber peligro en ello, por cuanto nosotros mismos tenemos representación en él. Se intenta así presentarnos la trampa de una confianza ilimitada, absoluta, en lo que desde arriba se ordene y se haga.

La experiencia habla bien claro. Y no es ella quien puede desmentir lo que arriba afirmamos respecto a la imposibilidad de dejar en manos del Estado el destino de nuestra Revolución, la Revolución iniciada, impulsada y defendida armas en mano por los trabajadores.

Puede y debe el Estado — en su transitoria y especial significación durante la guerra presente — coordinar y dirigir la lucha, respaldado y controlado por las organizaciones proletarias. Lo que no puede hacer, es convertirse en rector y orientador de la Revolución. Esto corresponde exclusivamente a las organizaciones del proletariado mismo. Y en esto está la salvaguarda máxima, la única garantía de la Revolución.

Así lo han comprendido los trabajadores. Los de la C. N. T. y los de la U. G. T., que han tomado posesión de las industrias. Los que han colectivizado empresas. Los que han socializado y los que, ahora mismo, están acordando en sus asambleas — soberanas asambleas en la Revolución — ir a la socialización total de sus industrias y de toda la producción. Así lo ha comprendido la C. N. T., que propugna una rápida reestructuración por industrias que técnicamente haga posible la socialización, que da vida a centenares de colectividades campesinas, que brega por la socialización no sólo de la producción, sino también de la distribución, para resolver los angustiosos problemas de la economía de guerra y poner al pueblo en condiciones de máxima igualdad en el derecho a la vida, como en verdad corresponde a una Revolución dirigida por la clase trabajadora.

Lo positivo, lo sólido, lo que queda como cimiento de la nueva sociedad, es obra directa de los obreros y campesinos revolucionarios. Será su obra también, la indispensable intensificación de nuevas realizaciones. La socialización. La gestión y administración de la economía de España por los organismos sindicales. La solidaridad permanente entre todos los productores, entre la ciudad y el campo. La supresión de irritantes privilegios, del parasitismo, del derroche, doblemente injustos e irracionales en el período sangriento de guerra que atravesamos. Será su obra. No puede esperar que tenga un buen día desde arriba, en forma de ley. La suprema ley creativa de las revoluciones es la que hacen directamente en sus experiencias los pueblos, impulsores e inspirados por el espíritu de la Revolución.

Hecha carne en los trabajadores esta fe en la propia acción, conscientes de que lo que ellos no realizan nadie realizará en su beneficio, y comprendiendo la enorme responsabilidad que esta verdad les impone, nada puede hacer peligrar sus conquistas ni escamotear por sorpresa, como se ha sabido hacer en las grandes conmociones revolucionarias, los destinos del pueblo, dirigiendo la Revolución a fuerza de terror hacia la finalidad política de un partido cualquiera.

Todo depende del trabajo, de la inteligencia, de la capacidad, de la pasión y del espíritu de sacrificio que los trabajadores pongan en la labor constructiva, para asegurar su propia existencia y la de sus hijos.

He aquí el segundo factor, complemento básico del arriba citado, que ha de salvar nuestra Revolución de todas las arcaísmos. Trabaja, con febre, con ardor, con todos los energías, a conciencia, con la alegría del que se sabe forjador de su felicidad y la de sus hermanos de clase, con la satisfacción de brindarse entero, hasta dar la vida, a la obra de ampliar las conquistas de la Revolución, mediante sus organizaciones sindicales, colectivistas, por imperativo del momento, en los nuevos órganos económicos de la sociedad.

Saber que el trabajo que se cumple es para la causa propia. Hacer ese trabajo con responsabilidad, con eficacia. Consolidar la economía a través de los Sindicatos. Avanzar siempre en la reconstrucción, superando los obstáculos con inteligencia y practicando la ayuda mutua. He aquí, en síntesis, cómo hemos de asegurar la defensa de la Revolución, mientras boremos con nuestras armas a sus enemigos del suelo de España y sigamos atentamente los límites y movimientos de la contrarrevolución, cuyos fuerzas conoceremos perfectamente. Un proletariado armado y al frente de la economía del país, es y será invencible.

Censura y más censura

No podemos silenciar una nueva modalidad de la censura. De una censura que caprichosamente se aplica a organismos responsables de organizaciones revolucionarias. Y que ha sido denunciada ya, como acto impropio, digno broche a la que ha mutilado el derecho de libre exposición de nuestra prensa en Madrid, en Levante y en Euzkadi.

Ahora se trata de la correspondencia. De la que viene de Valencia a Barcelona, arreata por Comités responsables de nuestras organizaciones. Y esto, no es sólo una absurda medida desde todo punto de vista, sino una preocupante agresión que invita a tomar determinaciones rápidas.

Se habla a cada instante de no dar armas al enemigo, de consolidar la unidad antifascista, de liquidar las rivalidades y la desconfianza recíproca entre los sectores del frente antifascista. ¿Se quiere algo más elocuentemente que esta medida de narices en la correspondencia de organismos e individuos de nuestros medios sindicales y específicos, para demostrar que hay alguien empeñado en hacer todo lo contrario?

Estamos capando de error — o mantobra, según el caso y quien lo cometa — en error. De atropello en atropello. ¿Con qué fin? ¿para qué? Eso lo sabrán sus autores. Pero nos lo suponemos nosotros. Y si esta medida no se corta de inmediato, deberemos obrar en consonancia con estas suposiciones nuestras, con las que ramos atando cabos desde hace tiempo.

Lo lamentaríamos de veras. Más lo lamentaríamos los que oclidan cada vez más — amnesia contrarrevolucionaria — que merecemos respeto.

Porque retrasan la Victoria... ¿QUE SE HACE?

Miserables y malditos sean los que en esta hora grave, en que deben fundirse los corazones y hacerse una todas las voluntades, en que deben apuntarse mejor las armas, en que deben hacer maravillas las herramientas, en que sobre la tierra nuestra y junto a los yunques, en los frentes y en la retaguardia, un solo anhelo de victoria debe hermanarnos, miserables y malditos sean los que desparan el veneno de los odios fratricidas, hacen revivir el terror de tormentos asquerosos, tejen las redes de la traición, construyen las trampas de nuevos despojos. Que sobre ellos caiga la sanción de todos los que amen a esta España nueva que forja el proletariado, a esta España que debe nacer con alma y temperamento, con todas las esencias de la misma España, en la que los hombres de trabajo quieren y han de ser libres de todas las tiranías. Miserables y malditos, porque retrasan nuestra victoria...

La guerra revolucionaria impone sus condiciones. Interesa a la retaguardia comprender el valor vital de la economía. Interesa, porque se está perdiendo demasiado tiempo en adoptar medidas eficaces, contundentes, rápidas. Por ejemplo: ¿Qué hay del racionamiento estricto en el consumo? ¿Qué se hace para destinar las riquezas a armamentos? ¿Qué para suprimir artículos de lujo innecesarios sólo para el pueblo? ¿Qué se hace para que nadie cobre jornales sin trabajar o haciendo cosas innecesarias? ¿Qué impide la nivelación de los sueldos? ¿Qué la supresión del parasitismo burocrático? Estamos en guerra. En una guerra que respalda la Revolución. Por sobre todo interés particular de una minoría privilegiada, está la suprema necesidad de vencer. Apliquemos, pues, medidas económicas radicales.

Si con la fuerza se nos quisiera "desplazar", con la fuerza defendemos la Revolución.

En el siglo pasado se dió la proclama; hoy debe hacerse realidad: ¡Viva la Internacional de los trabajadores!

No hay enemigo para el proletariado, cuando pone en práctica su máxima herramienta de lucha; si hace valer la solidaridad internacional; si acompaña la lucha de los obreros de cualquier parte en que se levanten por sus derechos. Hoy es España. Contra España está el mundo burgués, porque en España vive y construye su porvenir la clase proletaria de todos los países. EN ESTE PRIMERO DE MAYO DE ESPAÑA ARMAS POR LA REVOLUCIÓN, VOSOTROS, NUESTROS HERMANOS, TENEMOS LA PALABRA. Y LA PALABRA SUPREMA EN LA LUCHA, ES LA LUCHA. ¡¡LA LUCHA!!

Y NO HAY OTRA CONSIGNA MÁS EFECTIVA, PARA LOGRAR NUESTRO TRIUNFO. NO HAY OTRA CONSIGNA MÁS POTENTE QUE LA QUE HERMANÓ A LOS PROLETARIOS DEL MUNDO A TRAVÉS DE TODAS LAS FRONTERAS EN LA PRIMERA INTERNACIONAL: LA UNIÓN Y LA ACCIÓN DE LOS PROPIOS TRABAJADORES.



Frentes del Centro. Reparto de libros entre nuestros camaradas durante una tregua de la gloriosa batalla.

Obreros de la C. N. T. y U. G. T. acuerdan la socialización

Hemos insistido en la necesidad de llevar a cabo asambleas de conjunto entre los trabajadores de ambas organizaciones sindicales. El acuerdo del Congreso regional de Sindicatos de Cataluña de nuestra Confederación sobre la forma práctica de producir un acercamiento entre los proletarios y hacer efectiva la unidad de acción propuesta repetidas veces a las directivas de la U. G. T., también ha señalado la realización de las Asambleas obreras en los lugares de trabajo, en las Secciones, en las industrias, como el medio más rápido, sencillo y eficiente para el logro de la Alianza sindical.

La experiencia ha indicado que cuando los mismos trabajadores se ponen en relación, contaban conversaciones, estudian de común acuerdo problemas, ponen por encima de sus ideas partidistas, con la sinceridad y la nobleza que distingue a los hombres de nuestro pueblo, el deseo de fraternizar, de actuar en común con sus hermanos de la otra sindical, porque saben que todos pertenecen a una misma clase encadenada al capitalismo ayer y en plena conquista de su emancipación y dueña de sus propios destinos en el presente.

Son numerosos los ejemplos de asambleas realizadas en conjunto por los proletarios. Como son también elocuentes las cordialísimas relaciones establecidas en los lugares de trabajo y en las industrias que dirigen y administran en conjunto los obreros de la C. N. T. y la U. G. T. A nosotros nos entusiasman los actos surgidos espontáneamente del seno del proletariado, porque ellos son la expresión viva del sentimiento, de las aspiraciones, de las inquietudes de la fuerza vital de la Revolución. Y confesamos, deben confesar todos los que sinceramente sienten en su espíritu la emoción de una hora histórica tan trascendental, que la voz proletaria, cuando no pasa por el tamiz de la política partidista, cuando sale del lugar de trabajo en que se reúnen los esfuerzos para el triunfo de nuestra causa, sin recibir la contaminación de las "directivas" trazadas en los centros políticos que quieren hacer de los Sindicatos, y lo logran muchas veces, instrumentos para sus planes, es la voz auténtica de la Revolución que habla también en las asambleas del pueblo, en las asambleas de los productores.

Cuando la política, por ejemplo, quiere abrirse paso a costa de la difamación de los obreros de las industrias de guerra, es la palabra clara, sin doble sentido, elástica pero sin estridencia demagógica, de los obreros de la C. N. T. y la U. G. T. que juntos trabajan — trabajan y no politiquen — para la victoria, la que cierra el pico de los inescrupulosos e indisciplinados especuladores, y deja sentada la alianza que es realidad de todos los días entre los esforzados luchadores de nuestra retaguardia consistente.

Y así, también, cuando se levantan esos mismos adoradores de la politiquilla clásica, a sembrar consignas contra la socialización, y se empeñan en que se detenga el impulso revolucionario para "antes ganar la guerra"; cuando se proclama en las tribunas partidistas que no estamos tocando la victoria porque "se pierde el tiempo en hacer la Revolución" o porque "se ataca los intereses de la pequeña burguesía honesta" o porque "se asusta al capi-

talismo internacional"; cuando se trabaja, con constancia digna de mejor causa, contra las organizaciones nuestras, que imprimen ritmo socialista a las transformaciones económicas, sociales, culturales; cuando se despolitica contra la socialización, que es la medula del cambio revolucionario, es el proletariado, que reunido en asambleas magníficas, hermanado bajo los pliegues de las banderas de sus dos sindicatos, estudia a fondo sus propios problemas, ausculta la realidad que vivimos, pone su pasión por el triunfo revolucionario por encima de todo y concreta acuerdos para el trabajo, no para la galería, para la inmediata labor de los obreros de una industria local, regional o nacionalmente. Ya que afirma que la SOCIALIZACIÓN es la base de la victoria, por cuanto es indispensable socializar para abarcar el área de toda una especialidad de producción y, lógicamente, de toda la producción, tanto para lograr el rendimiento que la guerra exige en su sed insaciable de riquezas, de armas, de energías, de sacrificios, como para nivelar las condiciones de vida de los trabajadores.

He aquí, en esta hora en que se lanzan a una sorda guerra política ciertos grupos, en que se obstaculiza la Alianza de las dos Sindicatos obreras por temor a un desplazamiento que trabaría ciertos planes de hegemonía política, la gran esperanza, la verdadera posición de las masas proletarias, abierta a todos los que saben medir la responsabilidad del momento, a todos los que quieren triunfar sobre el fascismo y sobre la reacción, que trata de escamotear las conquistas y el porvenir de la Revolución. Los obreros se reúnen, discuten sus problemas, toman acuerdos y se afirman en una misma voluntad de consolidar la unión proletaria.

Que los actos conjuntos de este Primero de Mayo, sean un paso decisivo en el mismo sentido. Será digno homenaje a la fecha del proletariado.

Obreros y campesinos, ¡Por la Revolución! ¡TRABAJAR, CONSTRUIR SIN DESCANSO!

EL TRABAJO

En mi opinión, no es la necesidad fisiológica del ejercicio muscular y mental la que hace posible el trabajo voluntario. Es más bien la necesidad poderosísima de alimentarse, de vestirse, de abrigarse; es la necesidad de vivir la que nos induce a trabajar, es decir, la que nos dirige al ejercicio útil, la que nos obliga a emplear nuestra actividad en vista de un fin común por beneficio propio y ajeno. Sin el alceate de estas necesidades, la actividad humana marcharía sin rumbo y sin objeto positivo en el orden social y económico de la existencia. Tal ocurre a las clases aristocráticas y adineradas. Previsita de antemano la satisfacción de las necesidades primordiales, malgastan su actividad en juegos y vicios que fomentan la holganza.

RICARDO MELLA, en "Ideario"